

Los últimos de Terapia.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XIII

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMON BLANCO ROJO

PRECIOS DE SUSCRIPCION:
En Murcia 50 céntimos al mes. Fuera 2 pesetas trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victorio, 53

COLABORADORES:
TODOS LOS SUSCRIPTORES NÚM. 582.

MURCIA 23 DE JUNIO DE 1901.

POLÍTICA ALEGRE

Que a'egria tan grande la del señor de Triponcillo, al verse sentado en los escaños del Senado. Escuchó la lectura del mensaje con una atención, que parecía enteramente un «pardillo» en presencia del charlatan callejero.

Cuando llegó á su casa, ya le esperaba doña Virtudes, su mujer, con gran ansiedad por saber lo que Triponcillo había oído de labios de la Reina.—Qué suerte tienes—le decía emocionada.—No hay como ser hombre, y tener tu talento.

Cuando has venido, te he visto desde el balcón, Las vecinas de la derecha, estaban también asomadas, y no hacían más que mirarte. Deben haber pasado una envidia atroz, Y en medio de todo, son dignas de lástima, porque tener un marido que está estornudando todo el día, es una verdadera desgracia conyugal.

El otro día, cuando venía de misa me paró en la escalera, y sino es porque tuve la feliz idea de abrir la sombrilla, me pone hecha una sopa.

Pero hablando de las vecinas no me cuentas nada de lo que has visto.

—Pues nada, Virtudes, nada. Todo está dicho haciéndote presente, que ha sido un acto solemnísimos.

Al entrar en el Senado me encontré con don Meloncio, que estaba de miron, me saludó, con una sonrisa fingida y yo ni siquiera le contesté.

—Has hecho muy bien.

—Pero, chica, lo que tiene ser algo. Vés todos aquellos que me

decían, cunero, pelmazo y farsante, pues todos á cual más afectuosos conmigo,

—Pero y don Práxedes, qué te ha dicho.

—Pues nada Que debido á mis méritos, no consentiré en posteriores elecciones que me presente más por Bienvenido, porque es un distrito de poco más ó menos, sino que me encasillará por Villadiago.

A. NORIEGA DULCE.



MAÑAS DE 'MAÑOS,

(CUENTO ARAGONÉS.)

Tengo el gusto de presentarte, lector, al tío Manrique, al tío Vélez y al tío Blás, es decir, á tres tíos, y los tres naturales de Lumpiaque, aragoneses, como si dijéramos, porque Lumpiaque está muy cerquita de Zaragoza.

Como buenos amigos, á Zaragoza fueron á echar una cana al aire, y la echaron dos de los tres, porque el tío Blás era calvo, completamente calvo, y por tanto, ni cama tenía.

Ser de Lumpiaque é ir á Zaragoza, tenían que hospedarse en la posada de la calle de San Pablo, la cual posada es más grande que muchas grandes, como que en ella caben todos los de Lumpiaque y algunos más de Riela, y cuidado que en Lumpiaque hay gente, sobre todo en el día de la fiesta.

Apenas llegaron á la capital, la primera visita fué para la Virgen del Pilar. El buen aragonés siempre cumple así.

Del templo, á San Pablo, á la posada, quiero decir, porque no era cómodo el andar por las calles

de Zaragoza con aquellas alforjas que llevaron para el viaje el tío Blás, el tío Vélez y el tío Manrique, cada uno lo suyo.

Toman posesion del cuarto que se les señaló, dejan las alforjas, echan un trago y los «Maños» se disponen á corretear por Zaragoza y sus arrabales, pero al salir de la habitación el tío Vélez, que era el más alto y el más «largo», tropieza sin querer con la bombilla de luz eléctrica, la cual bombilla pendía del techo de la habitación.

¡Otra que Dios!—dice—¡A poco destrozo el adornico!

Y, escalera abajo, á la calle marchan los de Lumpiaque, más contentos que un guitarro aragonés.

—¿A dónde fueron?

—No lo sé, pero hasta entraron en el café de Ambos Mundos con cierto respeto, porque al descubrirse por casualidad uno de los caballeros que bebía una botella de cerveza, ellos, como bien educados, se descubrieron también cuando el camarero les preguntaba «qué iba á ser.»

Y como no sabían qué pedir, salieron del apuro, diciendo:

—Como de aquel señor.

Destapa el «mozo» la primera botella, y al oír el ruido y ver saltar el tapon, se levantan sobrecogidos, y el tío Vélez habla para decirle al camarero:

—Sabes lo que te digo, que nosotros «semos» gente de paz, y no queremos eso. ¡Redios, qué bromicas!

Salen del café, y vuelta por aquí y vuelta por allá, fueron pasando el tiempo hasta que llegó la hora de cenar, próximamente las ocho de la noche, ó las veinte como se dice ahora. Ya habían encendido el alumbrado público, y también sorprendió á los de Lumpiaque, que uno de ellos exclamó:

—¡«Mía» que hay «quinque'es» en estas calles!

Llegan á la posada, cenan con apetito aragonés, y por aquella noche no volvieron á salir de casa, porque estaban más causados que que en un día de Agosto. Y con el bocado en la boca, se fueron á dormir, esto es, á dormir y á roncar.

Entran en la habitación, y ven la luz, aquel «adornico» que á poco destroza el tío Vélez.

—¡Chiquios, qué bien! ¡«Mía» que la «lucica» es buena!

—Recontra, dice otro, ¿por dónde le entra «la» aceite?

Examinan la bombilla, sin atreverse á tocarla, y, convencidos de que no ven nada en la luz, se acuestan con el propósito de comprar al día siguiente otra como aquella «pa» llevarla al pueblo.

Se acuestan; el último, quiere apagarla, y, sopla que sopla, sin conseguirlo, se viste, va á la cocina por el fuelle y sopla que sopla, tampoco consigue apagar la luz.

—¡No puedes, «ú» qué? le dice el tío Blás.

—Ya vés que no, maño.

—Dale otro poco.

Y, sopla que sopla, nada.

—¡Redios con la lamparica!

—¡Echale agua!

—¡Ni por esas!

En vista que no lograban su intento, desisten de su empeño; pero no podían dormir. Entonces el tío Vélez, el más alto y el más «largo», se encara con la luz, diciendo:

—¿Sí, he? Tú la pagarás.

Coje la faja, más larga que un cable submarino, y vuelta y vuelta, la lia toda en la bombilla y se acuesta tan tranquilo.

—Veremos si pera mañana respiras.

Y al ver al día siguiente que la luz estaba apagada, porque habían cortado la corriente, dice muy ufano.

—Me «paece» que tengo maña.

